

COLECCIÓN LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



¿CÓMO EDUCAR PARA LA LIBERTAD Y LA FELICIDAD? CHARLES FOURIER

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN DE RENÉ SCHÉRER

TRADUCCIÓN DE JAVIER PALACIO TAUSTE



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2016

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© selección e introducción, René Schérer / La Fabrique, 2006

© de la traducción, Javier Palacio Tauste, 2016

© Errata naturae editores, 2016

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-14-1

DEPÓSITO LEGAL: M- 4146-2016

CÓDIGO BIC: JN

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

<i>Preámbulo</i> René Schérer	11
I. PRELIMINARES SOBRE LA EDUCACIÓN. ATRACCIONES Y PLACERES	43
II. EDUCACIÓN DE LA BAJA INFANCIA. LA INDUSTRIA Y EL ENCANTO	67
III. EDUCACIÓN DE LA ALTA INFANCIA. EL HONOR Y LA AMISTAD	153
IV. EPÍLOGO. EL DESARROLLO DE LAS PASIONES	185

PREÁMBULO

René Schérer

El fracaso de una confiscación

«Entre todas las utopías, ¿por qué no optar por el sueño más hermoso?».

Charles Fourier, *Teoría de la unidad universal*, IV, 71.

«Confiscación: acto de posesión, de dominación; a finales del siglo XVIII: confiscación del individuo por parte del Estado moderno; someter».

Le Petit Robert, Dictionnaire de la Langue Française

La infancia es uno de los males de nuestro mundo. De un mundo que padece, que sufre a esos gamberros, a esos salvajes o «vándalos», a esa ralea que, sin embargo, él mismo ha alumbrado y en la que ha dejado de reconocerse. La detesta y, al mismo tiempo, la ama. Se precia de quererla a la vez que la maldice. Pero, más que nada, la teme.

El niño —incluyendo en el término al «joven», a las nuevas generaciones— inquieta y atemoriza. Da miedo. Si en nuestros días una pregunta ha adquirido sentido universal, por encima de toda frontera, explícitamente o no, para los diferentes pueblos o culturas, ya no es la clásica

pregunta revolucionaria: «¿Qué hacer?», sino la más bien timorata: «¿Cómo hacer?», ¿cómo actuar frente a estos recién llegados, tan cercanos y tan extraños, que parecen escurrir el bulto a toda prisa?

Pocas épocas en la historia —tal vez ninguna— han tenido que enfrentarse a semejante problema, o, para decirlo con mayor exactitud, han caído así en la trampa.

¿Ninguna época? Eso no es del todo cierto. En la Europa de finales del siglo XVIII el «niño» comienza a convertirse en tema de moda, empieza a ser un problema. Tras la aparición del *Emilio* de Rousseau, la pedagogía moderna comienza a tomar forma. La educación del niño pasa a ser una de las mayores preocupaciones de la sociedad civil. Una de las claves de la Civilización. (Y de ahora en adelante debemos pensar que Civilización significa para Fourier algo muy parecido a Barbarie, y lo contrario de su proyecto: la Armonía).

Teniendo esto en cuenta, si hubiera que elegir en la obra de Fourier el principal argumento que utiliza en su ataque contra la Civilización, en sus acusaciones a la sociedad moderna y a sus taras, en sus críticas de la economía mercantil y de los «crímenes del comercio» y del liberalismo, éste sería la educación de la infancia.

Desde esta perspectiva he decidido seleccionar para este volumen algunos de los numerosos textos sobre educación fechados entre 1820 y 1826, que a día de hoy siguen siendo extraordinariamente poco conocidos.

*

Basta con ojear estas páginas para dejarse atrapar por su tono, por sus observaciones siempre precisas, incluso en nuestros días. Suele calificarse a Fourier de utópico (o utopista). Pero entendámonos: si lo que quiere decirse con utópico es que sus propuestas resultan imposibles según nuestros parámetros, nuestros prejuicios y nuestras limitaciones, entonces lo es, desde luego. Las ideas de Fourier proponen justamente lo contrario de lo que generalmente creemos y hacemos en materia de educación, de familia, de concepciones jerárquicas y de subordinación de la infancia. Pero si se considera que la utopía consiste en realidad en la confrontación de un proyecto con sus propios objetivos últimos, entonces un sistema como el nuestro, que pretende guiar al niño recurriendo por lo común a la inserción social y ambicionando la felicidad, debería calificarse con absoluta justicia de utópico.

Sí, desde luego que podría calificarse de utópico. Y es la observación, la realidad descrita lo más minuciosamente posible, lo más espiritualmente posible también, lo que Fourier le contrapone. En calidad de utopista, o como visionario, pero anclado con la mayor exigencia en la realidad.

No hay más que abrir al azar este libro para encontrar páginas que parecen escritas con la única intención de apelarlos a nosotros, a nuestro tiempo: «Ignoro qué otros objetivos se propone la educación civilizada. Apenas he leído tratados, pero a juzgar por los resultados, el primero y más general en relación con los niños civilizados es que se sirvan

únicamente de su libertad para causar todo tipo de desmanes, para incitarse unos a otros a la hora de cometer maldades y estragos, hasta el punto de que una tropa de niños a la que se dejara en total libertad, sin temor a castigo alguno, acabaría por distraerse a la manera de Nerón, incendiando una ciudad». He aquí crudamente descritas nuestras ansiedades y circunscritos nuestros fantasmas: Fourier nos los lanza a la cara, se burla de nosotros. Esos jóvenes vándalos son, por supuesto, los mismos a los que suponemos deambulando por los barrios de la periferia, dedicados a la quema de automóviles y al saqueo de tiendas. Lo que sucede es que, en lugar de lamentarse de manera vergonzosa, de llamar a la represión o hacer psicología a partir de ciertos complejos edípicos, el utopista se dirige a las causas reales, a la causa primera, como es la inutilidad de la educación recibida, de la escolarización sin objetivo; a los vicios de una sociedad que sólo es capaz de mantener (y mantener a raya) a sus hijos mediante coacciones, y que se escandaliza de los efectos de una libertad que se vuelve contra ella. Y, así, prueba un sistema tras otro, un modelo escolar tras otro, una forma de coacción tras otra, llenando las miríadas de huecos con sus «vacíos jurídicos» en una desquiciada huida hacia adelante. Hasta que, al final, es incapaz de ver más allá de «una horda subversiva de jóvenes violentos».

La primera característica de la educación societaria de Fourier consiste en superar a la vez el *rigor* reaccionario y ese *dejar hacer* propio de un laxismo que antes —¿o no habría más bien que decir antaño?— se imputaba a la «izquierda». Ilusoria contradicción, falso dilema. En ambos

casos no se trata ya de un niño dotado de cualidades naturales, sino de un ser deformado por la sociedad que lo genera, con sus presunciones, sus tensiones, sus divisiones o «segmentaridades» —como escribieran Guattari y Deleuze—, sobre el modo en que uno llega al mundo en su familia, destinado a un papel sexual, aprisionado por su destino de clase. Todo un dechado de maldad, de agresividad, rebotante de resentimiento. La violencia se le presupone. No se trata de una cuestión de naturaleza.

Fourier no deja de repetir lo que le parecía —y habrá de parecernos— evidente. El frenesí destructivo no se encuentra en la naturaleza; no es característico de ningún animal, a excepción del hombre. El niño no es perverso o malvado por nacimiento, sino que se hace tal. Y en ese sentido cabría pensar que Fourier no hace sino remitirse a su manera a Diderot o a Rousseau: ¿es bueno, es malo? «Cabe convencerse gracias a este libro sobre la verdad de la educación natural: que no sólo el hombre nace virtuoso, proclive a la justicia, la sinceridad y la unidad, sino que todos los vicios sociales que se le achacan suponen otros tantos impulsos hacia la virtud, desnaturalizados por el régimen civilizado».

Esta idea proviene de Rousseau, ciertamente, pero sólo en parte. Para el autor de *El origen de la desigualdad entre los hombres* lo que le hace a uno depravado es su entrada en sociedad. El hombre bueno es el que está solo. Si bien, según Fourier, hay que pensar que el hombre, el niño, es de entrada un ser social. Las pasiones que están en el origen de su andadura se orientan siempre hacia los demás.

Y tiende espontáneamente a formar grupos. Sólo en el seno de esos grupos las pasiones pueden convertirse en obstáculos o llegar a su realización positiva.

También las cuestiones relativas a la bondad, la malicia, la conformidad o la violencia dependen de la manera en que se configuran los grupos y en su tendencia a la represión o exaltación de las pasiones, únicos «resortes» del movimiento, únicos focos de atracción. El niño de Fourier, sociable por naturaleza, no está hecho para la soledad; ni para la educación frontal con un preceptor. Ni tampoco para el confinamiento en el seno familiar, con el padre o la madre; ni tampoco para crecer a solas con sus hermanos y hermanas, frente a frente, por amplio que sea el grupo, por seductora que resulte la palabra *fraternidad*.

No, el niño no está hecho para la familia, pero tampoco para cualquier forma de socialización «externa», en especial una, la escolar, que le impone la Civilización. En la actualidad suele considerarse la escuela como una suerte de segunda naturaleza casi consustancial al niño. «Un niño que no va al colegio no es un niño», según se lee en los carteles de propaganda para la escolarización infantil en los países pobres, seguramente con la mejor intención del mundo. *Niño = colegial o alumno*. Las consecuencias están a la altura de tan impecable ecuación.

Por lo tanto, los grupos «incoherentes» que la Civilización propone a los niños son, principalmente, la familia y la escuela.

La familia, al ser el colectivo más reducido, limitado a la pareja parental y sin capacidad para extender con suficiente

amplitud el abanico pasional, supone una fuente de incompatibilidades entre humores y caracteres. Ciertamente, para Fourier no se trata en ningún caso de asociar una serie de caracteres uniformes o idénticos; por el contrario, sus propuestas pedagógicas se basan en la rivalidad impulsada por la emulación como camino hacia la Armonía.

Y la cantidad, el número, es determinante aquí, pues debe comportar la suficiente variedad como para que posibilite a la vez los acuerdos y los desacuerdos, al igual que, entre unos y otros, las transiciones, esas variaciones infinitesimales y absolutamente indispensables para la continuidad de cualquier movimiento vital.

La propia Civilización ya entendió que el espacio más adecuado para el pleno desarrollo de las capacidades del cuerpo y del espíritu no podía ser el de la familia restringida, y acertó en parte al asignarle un grupo más diverso y extenso, al margen de la familia, ese *melting pot* de caracteres que viene a ser la escuela. Pero las limitaciones del grupo surgen a causa de la incoherencia, la indigencia y la simplicidad de los resortes de la educación convencional. Miles son los métodos en apariencia diferentes que se prueban, para acabar todos proponiendo en el fondo el mismo tipo de educación, el que sólo se dirige —y además de forma incorrecta— a las facultades del espíritu. Una educación que condena como vergonzosas las pasiones y que prohíbe el placer. Además, las escuelas forman grupos de individuos con el fin de someterlos de manera uniforme a la autoridad de un único maestro, en un tipo de relación unilateral, vertical, donde el saber se vierte sólo y siempre de arriba abajo.

Al hilo de la lectura nos vemos fascinados por la agudeza de las observaciones de Fourier, por tantas juiciosas reflexiones relativas a la manera de atraer el interés del niño, de motivarlo de manera que sea él quien espontáneamente exija aprender. Lo que ha acabado por situar a Fourier entre los más sutiles pedagogos, lo que ha llevado a diversos sistemas contemporáneos de pedagogía activa a adoptar muchas de sus ideas, son preceptos (los escribo al azar y a vuelapluma) como los siguientes: la superioridad en distintas etapas de las labores manuales sobre las intelectuales; la enseñanza no libresca; la necesidad de asociar afectividad e inteligencia; la función primordial de una emulación que no debe confundirse con agria competencia por los primeros puestos; la necesidad natural en el niño del cambio constante, que hace aconsejable optar por clases breves, etc.

Fourier se demuestra ciertamente como un pedagogo fuera de serie en cuanto a su teoría educativa. ¿Pero se trata sólo de eso? ¿Se trata en realidad de eso?

Pensar tal cosa supondría, me parece, un profundo contrasentido. Y lo mismo sucede en lo referente a sus intenciones, a sus efectos. No se trata sólo de rescatar algunas ideas de su método, sino de comprender el punto de vista según el cual éste se elabora; de entender la transformación que exige; de trasladarse a un punto desde donde lanzar otra mirada a la infancia y de asignarle, en el conjunto de la sociedad, otro lugar, concederle otra función. Esta transformación resulta fundamental; el valor pedagógico vendrá por añadidura. Valor, por lo demás, muy elevado,

de inconmensurable alcance, pero sólo en tanto se comprenda que su proyecto en absoluto es de orden pedagógico, que lo que cuestiona precisamente Fourier es la función y el significado de los viejos pedagogos: a los que denomina «pedantes».

Para Fourier, ni el padre ni el pedagogo son los «instructores naturales» para la educación del niño. El instructor es, ante todo, el grupo, sus profesores son los pequeños de su misma edad o de edades algo superiores. La admirable pedagogía de Fourier está al margen de la pedagogía; es decir, al margen de su ámbito de acción. Fourier comienza por cuestionar su legitimidad; lo agita, lo destruye. Si por pedagogía se entiende una relación electiva entre maestro y alumno, y por terreno pedagógico ese espacio neutro, esa distancia establecida entre uno y otro, todo ello, en Fourier, brilla por su ausencia. Es así como podemos comprender su propuesta, como comienza la revolución completamente natural que nos propone.

Si entendemos esto estaremos en el camino para solucionar nuestros problemas irresolubles. Para el niño no existe más que un único maestro, un único dios: la atracción, la atracción como pasión o *atracción apasionada*. No existe sino uno, un solo tipo de instructor: sus amigos y su grupo. O mejor aún —y es esto lo que conviene ahora precisar, lo que resulta consustancial a Fourier, su descubrimiento, la milagrosa y a la vez natural solución que preconiza—: los grupos y su función en las distintas series.

Serie es la palabra clave: *serie de grupos*. La «asociación armonista» se revela de orden *serial*. Y es eso lo que la

distingue de la Civilización, con sus instituciones, jefes y jefecillos obsesionados con prohibir, vigilar y castigar para conseguir que reine el orden. Por su parte, la serie genera el orden de manera espontánea, por sí misma, pues resulta atractiva. O porque apela en todas sus instancias a las atracciones apasionadas.

★

El niño de Fourier, por emplear esa expresión, no es nunca un «niño de familia» o «de sus padres», ni tampoco un «niño de escuela». Todas las propuestas pedagógicas de nuestra Civilización apuntan a un mismo modelo de relación social entre adulto y niño. Un modelo que, por lo general, se ciñe a una pareja definida socialmente por cierta forma privilegiada de ser adulto, con la cual interacciona el niño, una forma que le limita y controla, que gobierna sobre él. Las parejas habituales, normativas, han sido de manera sucesiva las siguientes: la constituida por el padre-instructor y su hijo (Locke), contra la cual ya cargó Rousseau sustituyéndola por la pareja del preceptor y el niño; después viene la pareja madre e hijo, anticipada por Jean Paul en *Levana* y que impera, en lo afectivo, a lo largo del siglo XIX hasta llegar a nuestros días, al tiempo que aparecen, en lo referente a la parte normativa y educativa, figuras como el psicólogo y la psicóloga, el psiquiatra y la psiquiatra, el educador y la educadora, y finalmente el juez y la jueza, e incluso el policía y la policía. A la vez que estas figuras delimitan el espacio de libertad y actividad

del niño, su espacio de juego, también lo circunscriben, lo acotan, lo *nombran* en tanto que chico o chica, colegial o colegiala, alumno, pupilo, «chaval», «adolescente», joven delincuente o predelinquente. Y así una larga lista: puede reconstruirse fácilmente la serie con todos sus matices, situados siempre en un registro similar de desidia, fastidio y ridículo, y siempre extremadamente pobre, neutro: ese lenguaje de la comprensión psicológica, de la adaptación o de la «peligrosidad» social no es expresión sino de la infranqueable barrera levantada por la pedagogización para separar al niño de una existencia social activa.

Con Fourier accedemos a la infancia por otro camino, el de la *socialización inmediata*. Lo cual iba acompañado en su época de una «despedagogización». No hay preceptores, maestros, pedagogos: el niño no aparece situado en una línea jerárquica vertical definida por uno o varios adultos. No existe, al menos a ese nivel, una configuración privilegiada en términos de pareja. Por otra parte, padre y madre se ven excluidos —sería más exacto decir «descargados», puesto que el modelo de Fourier no admite que se realice nada por obligación o privación— de la vigilancia e instrucción de la infancia. De este modo podrán dedicarse a su pasión: a unos «mimos» eminentemente anti-pedagógicos. Así, en este libro se pueden encontrar bellas páginas sobre esta única prerrogativa de los padres en el orden societario de Fourier: el amor inmoderado y sin inhibiciones educativas con respecto al niño.

A esta «despedagogización», a esta «desfamiliarización» (permítanseme estos términos un tanto incorrectos, aunque